

# Los pasos segovianos de Louis Proust

## Acto I

El conde de Lacy contempló satisfecho la Casa de la Química, que se alzaba por fin en los terrenos de las antiguas caballerizas. La visión le hizo olvidar los desvelos de los últimos años, los balances descuadrados, las obras interminables y las trabas puestas por la Hacienda Real y el Ayuntamiento; y, por un instante, esa satisfacción dio paso a una suerte de honrada euforia.

Había sido su batalla más difícil: convencer a unos y otros de la necesidad de dotar a España de un laboratorio químico de primer nivel, sin escatimar reales ni tiempo. En la linterna mágica de su memoria se sucedían las entrevistas, las cartas, los viajes en incómodos carruajes desde la corte a Segovia y viceversa, para equiparar la ciencia de su país a la que engrandecía ya a sus aliados y enemigos. El siglo XVIII, el de Antonio de Ulloa y Jorge Juan, el de las expediciones científicas y los sueños de los ilustrados, tocaba a su fin; y el progreso seguía siendo una luz incierta, titilante, amenazada siempre por los vientos bravos de la guerra.

Louis Proust, el famoso químico francés, había exigido que la Casa adoptara el modelo de la Escuela de Química Docimástica de París, y Lacy estaba seguro de que el laboratorio segoviano superaba ampliamente las bondades de aquel. Todo lo que el francés le había demandado –minerales, frascos de cristal, herramientas, máquinas, una biblioteca a la vanguardia en química y metalurgia...– latía ya tras sus muros, como un corazón inquieto, y, aunque Proust recelaba todavía, e insistía en aplazar su arribo, muy pronto no le quedaría más remedio que darle la razón.

El padre del rey había fundado el Real Colegio de Artillería unas décadas antes y reclutado a

Proust para encabezar la labor pedagógica del Laboratorio de Química. Cobraría 24.000 reales al año por tres lecciones a la semana en cursos de cuatro meses, una cifra nada desdeñable, de hecho muy apetecible. Las obras se habían demorado y el químico, escamado quizá por su anterior experiencia en el Seminario de Vergara, que había abandonado harto de la burocracia y el Santo Oficio, no había puesto demasiado empeño en instalarse con carácter permanente en la ciudad. En el Hospital de la Salpêtrière de París trabajaba a su aire, y temía que la Inquisición volviera a interesarse por los títulos *prohibidos* de su biblioteca. Pero lo cierto era que ya se había comprometido con sus vecinos del sur. Lavoisier en persona lo había recomendado a Aranda, el embajador español en París, por lo que Proust consintió en supervisar la evolución de las obras y visitó varios centros con el fin de enriquecer los fondos de su sede: la fábrica de latón de Alcaraz, las minas de plomo de Linares, las fundiciones de artillería de Barcelona y San Sebastián de la Muga... ¡Quién podía decirlo! Tal vez el destino le reservara la gloria en aquella ciudad castellana que sacaba pecho por su Acueducto y su Alcázar, en donde había vivido un rey al que admiraba de veras, Alfonso X *el Sabio*.

Para el conde de Lacy, Proust era irremplazable, la guinda que coronaría el pastel del Real Colegio. Le había tomado cariño al extranjero, quizá porque él también lo era –irlandés–, y cuando el 1 de febrero de 1792 asistió a la solemne inauguración del laboratorio y escuchó su discurso, sintió que las lágrimas le humedecían los ojos: “Bajo los auspicios del conde de Lacy –dijo–, he conseguido, después de duro trabajo, perseverancia y coraje, levantar el más maravilloso laboratorio conocido en cualquier parte de Europa”.

¡El más maravilloso! De modo que el conde tenía razón. ¡El suyo era mejor que el de París!

## **Acto II**

Era sarmentoso, de mediana estatura, tenía la nariz aguileña, los labios como hojas de papel

y una mirada de lobo que taladraba el alma de sus interlocutores y arrancaba a la vida sus secretos más íntimos. Todo le resultaba digno de estudio y las instalaciones de la Casa de la Química desplegaban, más si cabe, el abanico de sus intereses. Iniciadas sus clases regulares, a las que asistían indistintamente hombres y mujeres que no siempre se contaban entre su alumnado, consagraba su tiempo libre a la investigación.

Sus discípulos ponían los cinco sentidos en sus lecciones y, en el laboratorio, lo rodeaban para no perder ripio. “La enseñanza de la Química, como la de cualquier ciencia, consiste en exponer con método ciertas verdades, que se demuestran después, poniendo los hechos de donde se dedujeron a la vista de los oyentes”, expuso en cierta ocasión. Una mano se alzó entre el público. “¿Y qué son los hechos?”, inquirió Juan Munárriz, su discípulo más cualificado. “Los hechos son los fiadores, los que justifican esas verdades”, replicó el maestro.

A la luz de una flamante lámpara de Argand, Proust desarrollaba sus hipótesis, si le corría prisa en su lengua materna; si no, en un español cumplido que sus traductores pulían más tarde para su publicación en los *Anales*, en la imprenta de Antonio Espinosa de los Monteros. En ellas hablaba del bórax y la acción del agua del mar sobre la plata, de la piedra fosfórica de Extremadura o los bezoares del Perú; nunca con desaliño, sino habiendo atado todos los cabos sueltos. Su padre, un farmacéutico que le había inculcado la fe en las hierbas, le había advertido de los peligros de usar una terminología confusa: “Hay un solo nombre para cada flor –le dijo–, lo mismo que hay un solo amor verdadero para el corazón de cada hombre”.

¿Sería la hermosa Anne Rose Châtelain d'Aubigné la flor señalada para su corazón?

Por aquella época, Louis daba vueltas con ardimiento a las múltiples e ignoradas aplicaciones militares de la ciencia. Junto con un equipo de colaboradores, entre los que se encontraban los capitanes Pedro Fuertes, Manuel Gutiérrez y César González, urdió el vuelo de un globo aerostático apto para recabar información sobre cualquier plaza enemiga.

Habían transcurrido nueve meses desde la inauguración del curso cuando el hijo del farmacéutico se plantó en El Escorial ante el rey y le manifestó que los globos no servían solo para asustar a gallos, ovejas y patos en Versalles, tal como habían sugerido sus compatriotas, los hermanos Montgolfier, ante un boquiabierto Luis XVI y una atónita María Antonieta.

–La guerra se librará también en el aire, Majestad –aventuró Proust con el acento fresco de su tierra y, a renglón seguido, dio las gracias a los artilleros de Segovia que lo habían secundado en esa empresa.

–Lo tendremos en cuenta, señor.

De vuelta a su residencia en el Alcázar, el químico echó un vistazo al mapa de Europa que guarnecía una de las paredes; y se preguntó por cuánto tiempo su país de adopción y su país natal se seguirían tolerando. Los pactos de familia habían zozobrado tras la Revolución de 1789, y ahora las monarquías europeas se habían coaligado para frenar la hemorragia abierta el 14 de julio en La Bastilla. Las noticias que llegaban de Francia eran descorazonadoras: la monarquía había sido abolida tras el asalto a las Tullerías y gobernaba la Convención, una asamblea en la que moderados y radicales eran incapaces de ponerse de acuerdo. Luis XVI, que había apalabrado con Carlos III su comisión de servicio en España, pasaba sus horas más bajas, y no tardaría en sucumbir al filo de la guillotina.

Él era un hombre de ciencia, desde luego, no un soldado, pero no podía dejar de interrogarse si sus trabajos para el arma de artillería española serían vistos con buenos ojos entre sus paisanos. Ante Su Majestad Cristianísima, respondía de sus cuidados por extender las aplicaciones de la Química a las artes, las fundiciones de cañones, la metalurgia y la mineralogía de España y América; y, en tanto Francia se despeñaba por un precipicio de sangre y horror, él se paseaba tranquilamente por las calles de la ciudad que lo había acogido con los brazos abiertos.

Era feliz en Segovia. Y aspiraba a seguir siéndolo junto a su amada Anne Rose.

### **Acto III**

Nacida en Haut-Plessis, en la antigua región de Picardie, Anne Rose Châtelain d'Aubigné había cruzado los Pirineos tras la caída de la monarquía constitucional, que desató una caza contra todo lo que desprendiera "hedor" a aristocracia. La nobleza de sus apellidos era razón suficiente para sentirse hostigada por los *montagnards*, y, cuando la cabeza del llamado Luis Capeto fue exhibida en el cadalso por el verdugo Sanson, la joven Anne comprendió que había hecho lo correcto.

Segovia era entonces una pequeña ciudad monumental a la que los ojos de los viajeros ingleses habían redescubierto para el resto de Europa. La obra de la Ilustración había limitado los privilegios de la Iglesia, y los pobres vagaban insomnes por el arrabal. En la almoneda de la Picota, los mercaderes exhibían ruidosos su género en lanas, huérfano ya de la protección de la Corona, cuya "traición" había sumido a la ciudad en la apatía. Voceaban los arrieros y la sombra del pregonero abrumaba cada viernes la Plaza Mayor, que él mismo se ocupaba de limpiar. Unos años atrás, se había abierto una escuela de dibujo en la Casa de los Condes de Chinchón, hoy de las Cadenas, y ahí fue donde Anne Rose conoció a su prometido, un día que este se había citado a la salida con uno de sus discípulos, aprendiz también de ilustrador, para discutir acerca del ácido muriático. Su alumno los dejó a solas al reconocer el brillo instantáneo en sus ojos. Se despidió con una reverencia y, con el donaire de la mocedad, dijo: "El espíritu de la sal puede esperar, padre Proust". Sus alumnos lo llamaban así.

Anne Rose le habló entonces de los horrores de la Revolución, que habían prendido en todos los cuerpos del país. En la estadía que retrató a la nueva Francia en el verano de 1789, se había desatado un miedo cerval entre los campesinos, que se dieron al pillaje, asaltando

castillos, abadías y mansiones, que sucumbieron pasto de las llamas. Ella resistió en la esperanza de que la prudencia volviera a sujetar las riendas de aquel caballo desbocado, pero, tras el arresto de Luis XVI en Varennes, asumió que aún quedaba mucha sangre por derramar. Los radicales estaban ganando la partida.

Bajando por la calle de la Almuzara, se detuvieron en una fonda a tomar vino: "¡Es lo único que tienen aquí!", bromeó el científico y, como la joven no lo comprendiera, agregó: "A menudo me cortan el agua en el Alcázar". Louis le habló de sus últimos trabajos sobre composición de muestras y le explicó que, si la ventura le era favorable, demostraría que la masa de los elementos era siempre constante: "Debemos reconocer una mano invisible que maneja la balanza en la formación de los compuestos". Ella lo escuchó embelesada, expresando su interés, pero le acabó confesando que, a pesar de su gentileza, no había entendido ni jota. Su sinceridad lo desarmó. A partir de ese día, la exiliada de Haut-Plessis y el hijo de Angers se convirtieron en inseparables.

## **Epílogo**

Todo lo que quedaba de su sueño se había disuelto en ácido. Tras sus años segovianos, dirigió en Madrid el Laboratorio Real, resultado de la fusión de los laboratorios de química de los ministerios de Estado y Hacienda, y fundó con varios colaboradores los *Anales de Historia Natural*, una iniciativa pionera en el conjunto de las publicaciones científicas en España. Echaba de menos al conde de Lacy, padre de aquel edificio de traza neoclásica en el que había pasado los mejores años de su vida. Extrañaba el aire frío y sano de Segovia, la gravedad de sus gentes, el nervio de los transportistas de vino en las tabernas, el sabor de la leche que compraba en cántaros, los carros aparcados en las plazuelas. En Madrid, hubo de lidiar con el monstruo de la burocracia, lo que le privó de rendir a la altura de su talento. Al fin, en 1806 se despidió de su patria de adopción y regresó a Francia. Dos años después,

Napoleón atacó a sus hermanos. Louis no era un derrotista, pero nadie como él conocía la lealtad de los españoles, su dignidad inquebrantable, la cólera con que se revolvían contra el yugo de la servidumbre. Se cuidó mucho de abrir la boca, pero supo que a las tropas del Emperador les aguardaba algo peor que el infierno.

Por las cartas que le remitía el capitán de artillería Juan Munárriz, su más querido discípulo, supo que los invasores habían saqueado su laboratorio y que su biblioteca era pesar, humo, nada. Conscientes de que la cultura es la sangre de los pueblos, los franceses habían pretendido embalsamar el cuerpo de sus vasallos, pero la luz seguía brillando indómita en sus corazones, tal vez incierta o titilante, pero constante como el aire que respiramos, perpetua como la libertad.

Louis Proust vivió lo bastante para brindar por la victoria de sus hermanos de ciencia y, tras decir adiós a su esposa, para ser indiferente a la muerte, que le visitó a la edad de setenta y dos años.

Lo sobrevivió su nombre, el legado de los mejores.